

LA CARTA

LA CARTA

**TOMÁS URTUSÁSTEGUI**

**1998**

## LA CARTA

PERSONAJE:

SIMÓN.....49 AÑOS.

ESCENOGRAFÍA:

*Recámara de condominio.*

*Puede simplificarse con un simple escritorio y una silla.*

*Al abrirse el telón vemos a simón que rompe algunos documentos que saca de los cajones del escritorio. Lo arroja al piso donde hay una gran cantidad de papeles rotos. Sonríe. Termina de escribir una carta. La empieza a leer en voz baja. Se pone de pie. Ahora la lee en voz alta.*

SIMÓN.- Amadísima Luisa. (*Ve para todos lados. Su vista la fija en el retrato de su mujer luisa. Le sonríe*). Nunca te dije amadísima así que mejor empiezo de nuevo. Querida Luisa. Sí, sí te dije querida. Sigo. Te parecerá curioso que esperara veintidós años para escribirte una primera carta. Quizá antes nunca hubo necesidad. No la hubo durante los cortos viajes que realicé sin tu compañía ni cuando ibas a pasar unas semanas con tu familia. Con un telefonazo avisando la fecha de llegada era suficiente. Si no recuerdo mal te envié una sola vez una tarjeta postal de Veracruz, que por un lado mostraba una hermosa puesta de sol y en primer plano unas palmeras y una cabaña. Atrás escribí: Muchos saludos, lástima que no estés conmigo y muchos besos. Eso fue todo. Con motivo de algún santo o cumpleaños te envié dos o tres telegramas. Notas escritas dirigidas a ti, sí escribí muchas, muchísimas, pero siempre para pedirte un favor concreto: que no dejaras de pagar la luz o el teléfono, que recibieras un paquete, que le hablaras a mi socio. Generalmente las dejaba junto a tu buró procurando no despertarte. Esa fue nuestra correspondencia en todos esos años, demasiado poco. Ahora me gustaría tener alguna carta tuya. En este escritorio encuentro solamente facturas y recibos, todos bien ordenados y clasificados. Cientos de ellos. No en balde tenías la manía de guardar todo y ordenarlo cuidadosamente. Encontré recibos de aquellos vestidos que compraste, después de seis meses de casados, en una tienda del centro y que eran todo tu orgullo, no tanto por el corte sino por lo barato. Me acordé de nuestros primeros muebles, de las lámparas, de las cortinas. Qué felices éramos entonces. Cuántas cenas y reuniones con

## LA CARTA

nuestros amigos que nunca dejaban de alabar tus platillos. La factura de nuestro primer automóvil me emocionó. Con cuánto esfuerzo pudimos ahorrar para comprarlo. Pero valió la pena. Fuimos a toda la ciudad, a Cuernavaca, a Acapulco, a Guanajuato. Tú aprendiste a manejar en él. ¿Te acuerdas lo torpe que eras? Y es que para ti era más importante platicar que manejar y con tal de hacerlo no te importaba si venía otro auto hacia ti. En ese coche fuimos a la maternidad y en él hizo su primer viaje nuestra querida hija. (*Camina por la recámara. Regresa a ver recibos*). No cabe duda que antes todo era más barato. Aquí está el recibo de la mudanza que nos cambió del departamento a nuestra primera casa cinco años después de la boda. Es de doscientos pesos. Bueno, la verdad que no transportó tanto. Tú te empeñaste en comprar muebles nuevos. Por los viejos nos dieron una bicoca que sirvió para comprar esa horrenda lámpara que nos iluminó durante años el rincón de la sala y de la que hace un mes, cuando tu hermana me la pidió de recuerdo, pude al fin deshacerme. Me gustaba esa casa, sobre todo el pequeño jardín al que yo llamaba mi paraíso. Al centro, el césped siempre verde y bien recortado y enmarcándolo una gran variedad de plantas y flores: crisantemos, rosas, claveles, helechos, pensamientos, tulipanes, geranios. A pocas cosas le he dedicado más tiempo que a ese rincón. Pero valió la pena, sólo así pude crear algo artístico. Lastima que a ti no te gustara aunque siempre dijeras lo contrario. (*Imitando a la mujer*). “Está divino tu jardín pero creo que deberías también atender a tu mujercita ¿o ya no te importo?” La siguiente casa ya fue diferente. Exigiste que un decorador ordenara el interior y un jardinero el exterior. Fue cuando me enteré que también los jardines tenían una moda y había que seguirla. Para esto ya teníamos quince años de casados y para festejarlos te invité a realizar mi sueño: un viaje a Europa. ¿Recuerdas como lo marcamos, cuando éramos novios, como una meta a conseguir? Para ti, el viaje significaba posición social, cosa que hasta hace muy poco me di cuenta; por eso exigiste hoteles de primera y asistencia a los lugares de moda,...nuevamente la moda, recomendados por tus amigas. Para mí era más que eso, era cultura: conocer los sitios históricos, los museos, ver con mis propios ojos las obras maestras, caminar por donde caminaron Lautrec o Beethoveen, tocar, aunque estuviera prohibido, el David de Miguel Ángel. No dudo que también me emocionara poder hacer algo que nadie en mi familia hizo, ni mis padres ni mis hermanos. Eso es egoísmo, lo reconozco. Era tan grande mi ilusión y mi placer que no percibí el disgusto que te causó el viaje. Te aburrían los teatros, las librerías, los paseos a pie; te molestaba no entender otra lengua, extrañabas tus comidas y tu familia. Los pocos momentos de entusiasmo era cuando visitabas y comprabas en las boutiques y en las tiendas de prestigio. Venecia te pareció mal oliente, París llena de gente mal educada, Roma muy sucia, Londres llena de hippies, Viena muy aburrida. Se salvaron Madrid y Barcelona. Quizá por conocer el idioma lograron interesarte un poco. Pero yo, entusiasmado

## LA CARTA

como andaba, no me di cuenta de nada. Sólo después, al escucharte en las reuniones, supe que el viaje no te había gustado. En Europa a todo lo que te preguntaba me contestabas que era hermoso. Hermosa la Venus de Milo y el mercado callejero. Hermosos los camiones de dos pisos de Londres. Todo igualmente hermoso, sin matices, tan hermoso un cuadro de Rembrant o del Greco que un bar donde tomábamos la copa o las pésimas pinturas que pintaban en el suelo los pedigüños. Igual de hermoso el concierto de Hayden que la música tocada en las estaciones de los metros. Era tu muletilla. Para mí ese viaje sigue siendo uno de mis recuerdos más satisfactorios... (*Se levanta, saca un encendedor del buró. Juega con él*). Al regresar empezaron los años de las vacas flacas, no en lo económico sino en lo sentimental o en la comunicación, como se prefiere llamarlo actualmente. Si yo decía rojo tú contestabas verde. (*Ahora hace un juego preguntando como hombre y contestando como mujer*).

HOMBRE.- ¿Vamos al cine?

MUJER.- Estoy cansada.

HOMBRE.- No creo conveniente que nuestra hija vaya a esa escuela de monjas.

MUJER.- Ya la inscribí. Es lo mejor para ella.

HOMBRE.- Te deseo.

MUJER.- Me duele la cabeza y tengo sueño.

HOMBRE.- Esta televisión se ve muy bien.

MUJER.- Ahora la pantalla es mayor. Tenemos que cambiarla.

HOMBRE.- Voy a dar una vuelta. Deseo caminar un poco.

MUJER.- Claro, me vas a dejar sola como siempre.

HOMBRE.- ¡Verde!

MUJER.- ¡Rojo!

HOMBRE.- Hace calor.

MUJER.- Hace frío.

HOMBRE.- Qué hermoso.

MUJER.- Qué horrible.

SIMÓN.- Y así por *secula seculorum*. Bueno, no por *secula seculorum*, duró hasta tu enfermedad. Todo cambió entonces. Las disputas desaparecieron, ahora los dos hablábamos el mismo idioma. Sí, todo giraba alrededor de tu mal. Aquí están cientos de recibos de consultas, de análisis, de radiografías, de hospitales. En dos ocasiones viajamos al extranjero en busca de alguna esperanza. El pronóstico fatal se te ocultó hasta pocos días antes de que fallecieras. (*Se pone triste. Va y acaricia el retrato de su mujer. Está por llorar*) . ¡Cuánto te amé en esa época! Siempre te había considerado una mujer superficial y

## LA CARTA

caprichosa, pero tu valor, tu prudencia, tu fe, tu deseo de vivir, me demostraron que eras una mujer completa, madura. (*Hace una pausa. Puede beber un licor*). Ahora sólo me queda confesarme ante ti por medio de esta carta. Varias veces hice el intento de decirte mi admiración y amor, pero las palabras no salían de mi boca. Soy demasiado tímido y con un gran pudor para desvestirme sentimentalmente, ni siquiera contigo en nuestros mejores momentos pude manifestarme tal como soy (*Hace una larga pausa. Enciende un cigarro. Fuma. Ve hacia el retrato*). Te has de estar preguntando qué objeto tiene todo esto. Creo que ninguno. Quizá sea una catarsis que yo necesitaba para liberarme del pasado y poder empezar otra vida, o quizá sólo sea un sentimiento necio que me nació al ver todas estas notas que celosamente guardabas. Lo más seguro es que sea una forma de decirte, cuando ya no tiene objeto, lo mucho que te amé y la falta que me haces. (*Se emociona. Se limpia una lágrima. Se controla. Sonríe*). Pero ni esto es cierto. Sigo mintiéndote. Apenas han pasado seis meses y ya empiezo a olvidarte. Descubro poco a poco lo feliz que soy al dormir sin que nadie ronque a mi lado, leo el periódico a la hora que se me antoje, voy a donde quiero, ceno carne y frijoles refritos, los domingos no me rasuro y bajo a desayunar en pijama, ya puse mi tele en mi cuarto y la veo hasta las que me quedo dormido. Ahora soy nuevamente libre, y como dicen las novelas que tanto veías, estoy por rehacer mi vida. No te des vueltas en tu caja, me voy a juntar, no casar, con alguien que no conoces. Tontamente te fui fiel, pero eso ya pasó. (*Se pone a romper más papeles. Ve el último*) Mira, el recibo de tus gastos funerarios. Ese no lo guardaste tú, lo guardé yo, quién sabe por qué. (*Lo rompe. Lo tira junto a todos los demás. Va por un bote de basura. Va echando en él todos los papeles. Sonríe al hacerlo. Lo disfruta. Ya lleno el bote juega con él. Lo levanta sobre su cabeza. Vacía el contenido sobre su cuerpo como si fuera confeti. Ríe. Toma la carta*) Ahora sólo me falta romper esta carta. (*Lo trata de hacer. Se arrepiente. La guarda en un cajón*). No, me hará falta en mis momentos de nostalgia. Sé que con el tiempo voy a ir borrando de mi mente todo lo malo y desagradable del pasado. Formaré una imagen tuya casi perfecta. Ya lo empecé a hacer en esta carta. En lugar de decir lo insoportable que te pusiste en la enfermedad escribí que fuiste muy valiente. Y así será en todo. Llegarás a ser lo que yo busqué y no encontré. Me imagino que a ti te pasó lo mismo conmigo. Pero tú eres la muerta y no yo. Por primera vez te gané. Así que recordaré tu belleza física de cuando tenías veinte años, tu hermosa sonrisa, tu comprensión cuando nos casamos, tus deliciosos platillos, tu gritito de emoción al llegar a París, tus desvelos con nuestra hija, tu valor en la enfermedad. Diré al que me lo pregunte, y con absoluta sinceridad, que eras una bellísima persona y que yo te amaba mucho. Adiós para siempre, Dios quiera que puedas descansar en paz. Yo ya estoy en paz. Tu amoroso marido. Simón.

## LA CARTA

*Cierra la carta. La va a guardar. Se arrepiente. Enciende un cerillo. Quema la carta. Contempla como se va destruyendo. Sonríe feliz. La tira a la basura. Va y se toma una copa de licor. Ahora ríe de felicidad.*

FIN

## LA CARTA

RESUMEN.-Un hombre ya de edad escribe una carta a su mujer muerta. Le describe lo que fueron para él los años de matrimonio y lo que ella representaba para él. Termina por destruir la carta y decir que ahora sí ya es feliz al fin.

PERSONAJE: Un adulto mayor de edad.

MONÓLOGO